

CENTENARIO DE LA PILETA

En Benaoján, que ahora con los fríos invernales amanece cada mañana aterido a los pies de la sierra de Juan Diego, en la tierra de los mejores chorizos rondeños y el bien oliente lomo de cerdo frito, andan con los preparativos de un centenario que, por su importancia, presumimos no ha de pasar desapercibido en el resto de la provincia malagueña.

Una mañana, en 1905, José Bullón, andaba en el hoyo de la Pileta, en donde tenía morada y agraz terreno, preocupado por el enclenque desarrollo de sus cultivos. «Había que estercolar las papas, y tampoco le vendría mal a los cebollinos y a las habas, y hasta la olivarera», puede que pensara. Ni corto ni perezoso enfiló peñas arribas de una de las más cercanas estribaciones de la sierra de Libar en busca del escondrijo de una copiosa colonia de murciélagos con los cuales se había distraído días antes mientras observaba cómo se arremolinaban en torno a un oscuro agujero de las peñas.

Pensando que la materia excrementicia de los quirópteros le vendría de perlas no dudó en adentrarse en la oquedad y resbalar con la ayuda de una gruesa cuerda por sus piedras humedecidas no sin cierto temor impuesto por lo tenebroso y desconocido del escondite. Rumor de vuelo enloquecido de las aves sorprendidas por el intruso en su refugio, pasos vacilantes por un suelo jamás ollado por el hombre, al menos con la apariencia del bueno de José Bullón, lejanos gorgoteos de agua...

Y el silencio aplastante de las profundidades que comenzó a hacer palpitar el corazón del atrevido labriego más de la cuenta, quizá asustado por su osadía. Continuó, sin embargo su incursión al comprobar que el hueco se ensanchaba más y más y cómo extrañas y altísimas columnas flanqueaban su deambular, perplejo al verlas sostener un techo de unas dimensiones que no acertaba calcular.

¿Qué gran templo era aquél sumido en tan espeso silencio? ¿Quiénes habían revestido sus paredes de las coloreadas figuras y extraños signos negros que fueron apareciendo antes sus ojos asombrados? José estaba acostumbrado a la realidad cotidiana del duro trabajo en el terruño y a la supervivencia arrancándole a este sus frutos. Su vida no atendía sino a lo más perentorio, a subsistir con escasos medios y echando mano a lo que la naturaleza le ofrecía no sin la entrega de su esfuerzo y las penalidades de trabajos primarios. Aquella otra realidad que ahora se le abría ante la mirada se le escapaba sin lograr aprehenderla.

Y es que el humilde labriego había hecho un descubrimiento sensacional. Nada más y nada menos que la morada y, a juzgar por los restos de cerámica acumulados y las abundantes pinturas parietales de carácter zoomorfo, el santuario del Homo Sapiens, aquel que, millones de años atrás, abandonó la existencia arborícola y echó a andar sirviéndose de sus piernas. El mismo que, como el paleontólogo Henry Breuil -instado por el mítico coronel W. Verner (primer

invitado por Bullón a bajar a la cueva)- reconoció años después, fue el autor de un arte, el del Paleolítico Superior, que vino a revolucionar los estadios de la evolución de nuestros antepasados más lejanos. El arte como exponente del ansia de trascendencia del hombre tratando de explicar los enigmas de la vida y los misterios de la muerte y el más allá.

«Do not allow taht nothing or anibody damages de Cave. They pintures are a treasure does not have price». («No permitas que nada ni nadie dañe la Pileta. Sus pinturas son un tesoro que no tienen precio»). Las palabras del abate Breuil a Bullón, en los albores del pasado siglo han servido de consigna inapelable a los descendientes de éste. Tomás Bullón y sus hijos y los hijos de éstos, en la cuarta generación, han defendido a capa y espada la Pileta (incluso a las tentativas de la administración autonómica para expropiarla). Descubridores, guías y conservadores, esta familia, cuyos miembros, auténticos trogloditas de la era moderna, han pasado más de la mitad de sus vidas en el interior de la famosa espelunca, están ahora de enhorabuena.

Cien años contemplan la cueva de la Pileta y el buen hacer de los Bullón y la efemérides no debería pasar en vano en Benaoján ni en la provincia, ya que estamos ante uno de sus monumentos de interés cultural más evidente.

Tampoco debería dejarse pasar la ocasión, puestos a recordar la predilección de los primeros descendientes de los arborícolas por asentarse en estos parajes, para incluir en la celebración el descubrimiento de otra cueva, la del Gato, con la que los benaojanos más castizos se identifican y por la proximidad anteponen a cualquiera otra seña de identidad local. Testigo al igual que la Pileta de los primeros pueblos cazadores y nómadas que pulularon por el hoy conocido como Campo de Gibraltar -el Homo Erectus, que precedió al Neardental- como acredita la mandíbula de este humanoide aquí encontrada, el Gato añade el atractivo de su entrada y el entorno único sobre el que ésta se ubica.

La efigie del Gato, labrada con el cincel caprichoso de la Naturaleza aúna a su alrededor esplendor paisajístico, tintes paradisíacos propiciados por un microclima sorprendente y envite al misterio y a la aventura que sólo se debe emprender cuando se ésta seguro de poseer el entrenamiento físico y los conocimientos en espeleología necesarios para no sufrir un serio percance en los recovecos de sus laberínticas galerías. Un monumento natural como pocos.

Siglos antes que la Pileta, el Gato ya es citada por viajeros ingleses, entre ellos Richard Twiss, en 1772. Pascual Madoz, mediado el siglo XIX en su Diccionario Geográfico dice de ella: «En jurisdicción de Benaoján está la cueva del Gato, que tiene cerca de 4 leguas de largo, principiando en término de Montejaque; es de una altura desmesurada y refieren algunos de los que la han visitado que a la media legua de su dilatación se ve a la orilla de un profundo

charco, un grande edificio arruinado, del que sólo se conserva la portada y algunos lienzos de pared». ¿Realidad o imaginación? Como siempre ocurre, la historia y la leyenda se nutren entre sí abriendo interrogantes que perduran a través de los tiempos.

Ligada al complejo Hundidero-Gato nos encontramos con el Pantano de los Caballeros, una descomunal como inútil obra realizada por la Compañía Sevillana entre 1920 y 1930 en pleno auge de la dictadura de Primo Rivera y la fiebre constructiva que propulsó. Esto por una de las dos entrada; por la otra, con el Charco Azul, aguas limpias y frías como cuchillos que deleitan a excursionistas y a buscadores de rincones idílicos. Se encuentran estos últimos con uno de los muy pocos quedan en la provincia y que colman todas las aspiraciones.

Entremedias, sinuosas galerías: la de los Gours, la de la Ciénaga, y grandiosas salas como la de la plaza de Toros y el tenebroso Cabo de las Tormentas. Un mundo fantasmagórico, la mitad inundado, que despierta el espíritu aventurero de muchos y que ha propiciado más de una muerte entre los que osaron quebrar su silencio de siglos. Las prospecciones arqueológicas rindieron buenos frutos: utillaje del Neolítico-Calcolítico, catalogados en el capítulo de la Cultura de las Cuevas, bien arraigadas en el término de Benaoján.

Los organizadores de los actos que en el 2005 van a abundar con motivo del centenario del descubrimiento de la Pileta no pueden soslayar la influencia que el Gato siempre ha ejercido en sus habitantes. Más que del año de la Pileta cabría hablar del año de las cuevas.

JOSÉ BECERRA/BIBLIOTECARIO DE LA UMA
Diario Sur > Opinión > Tribuna Malagueña (06-05-05)
<http://servicios.diariosur.es/>



Reproducido por: www.cuevadepileta.org